

EDITORIAL

El 24 de julio de 2012 fallecía en el hospital general de Oviedo Don Gregorio Peces-Barba Martínez, catedrático de filosofía del Derecho, moral y política e iberoamericano ejemplar. Nunca cruzó el charco, ni puso pie en ningún país latinoamericano, pues tenía un miedo atroz a los aviones. Muchas veces fue invitado por Universidades e Instituciones de todos los países de la región, pero tenía esa limitación. Incluso le dieron doctorados honoris causa que no pudo ir a recoger en persona. A pesar de ello su influencia en el espacio iberoamericano ha sido y seguirá siendo muy grande, fundamentalmente desde la perspectiva de su relevancia para la renovación teórica de los derechos humanos.

En la Carlos III, además, creó un Instituto de derechos humanos Bartolomé de las Casas, que en los últimos veinte años ha sido un foro de recepción de investigadores y doctorandos de muchos países de América Latina, lo que ha influido en que, a su vuelta, se haya reforzado la protección de los derechos humanos, en muchos de estos países. También puso en marcha una Fundación para el estudio y cooperación en derechos humanos, que está dando también sus frutos en el espacio iberoamericano, con la cátedra de ética de las profesiones, que ya se ha asentado en diversos países, y con la Cátedra Mario Villarroel de Derecho internacional humanitario y derechos humanos, que ha impulsado el proceso de pacificación en Colombia e iniciado el análisis del mismo y del Derecho internacional humanitario

A los directores de esta Revista, Cástor M. Díaz Barrado y Carlos R. Fernández Liesa, catedráticos de Derecho internacional de la URJC y de la Carlos III, respectivamente, su muerte nos sorprendió en Barranquilla, en un Seminario en la Universidad del Norte, sobre el conflicto colombiano. No pudimos llegar a tiempo a las exequias, lo que sentimos profundamente. Esta editorial es un homenaje de la dirección de la Revista a una persona a la que le debemos mucho en lo personal pero sobre todo a la que pensamos que le debe la sociedad española e iberoamericana, además de ser un referente moral e intelectual.

Don Gregorio nace en la guerra civil española, hijo de padres republicanos, por lo que desde pequeño estuvo del lado de los perdedores, algo que nunca se le notaba, y que no le llevó a tener un espíritu revanchista. Más bien, por el contrario, una de sus notas características era el espíritu conciliador.

Discípulo aventajado de Don Joaquín Ruiz-Giménez, del que heredó ese perfil, también tuvo una profunda formación cristiana, transmitida por su madre, Isabel Martínez, y que luego transformó en un pensamiento socialista y liberal, en la senda de

otros ilustres catedráticos como Fernando de los Ríos o Julián Besteiro. En los años sesenta impulsó la apertura, desde la revista Cuadernos para el diálogo, en una España que empezaba a abrirse al mundo y a superar algo el trauma de la guerra civil, aparte de a iniciar la recuperación económica, aún cuando no todavía la democracia. Desde el despacho de abogados de su padre dedicó esta época de su vida a iniciar la carrera académica, por un lado, y a defender a opositores al régimen ante el Tribunal de orden público (el TOP), por lo que a finales de esa década fue desterrado a un pueblo de Castilla. Como no hay mal que por bien no venga aprovechó esa sanción para acabar su tesis doctoral.

A principios de los setenta fue uno de los abogados en el juicio de Burgos, que tanto impacto internacional tuvo, y escribió uno de los primeros libros sobre los derechos humanos. Con este bagaje entra en el partido socialista obrero español, donde es una de las principales figuras del socialismo madrileño. En la transición a la democracia fue el principal jurista del PSOE en la elaboración de la Carta Magna de 1978, como ponente constitucional, junto a representantes de otras opciones política, entre los que cabe destaca Manuel Fraga, Miguel Roca o José Pedro-Perez Llorca. Fue el gran autor de la magnífica parte relativa a los derechos humanos, que ya había preparado bastante antes de la Constitución. Cuando ganó el PSOE las elecciones se convierte por unanimidad en Presidente del Congreso, entre 1982 y 1986, momento en el que decide dejar la política y regresar, en exclusiva, a su gran vocación, la Universidad.

En todos los años de política y abogacía nunca había dejado de impartir sus clases regularmente, de publicar libros y artículos. El acceso a la cátedra no fue sencillo en su caso, pues el que entonces mandaba en su asignatura no le apoyaba y tenía por delante a su buen amigo y compañero, Elías Díaz. Con vocación y tesón estas dificultades no le habían hecho abandonar sino que se adaptó (*ad impossibilia nemo tenetur*, decía).

Su vuelta a la Complutense no fue sencilla pues los miembros del Departamento, al menos algunos, se portaron muy mal. Salieron a relucir las envidias, tan propias de los departamentos. Tuvo la fortuna de ser elegido como Presidente de la Comisión gestora que creó la Carlos III. Desde esa plataforma se dedicó durante casi veinte años a crear una Universidad de excelencia. Los que, como los directores de esta revista, le conocimos en aquella etapa hemos decidido dedicar esta editorial a su memoria pues pensamos que era el modelo de profesor universitario por excelencia, cuyo ejemplo debe ser recordar

Buen profesor, gran investigador y gran maestro. Su generosidad era conocida. También lo fue su inigualable capacidad de impulsar proyectos en interés general. Se veía a sí mismo como un monje laico, que dedicaba su vida a la Universidad. Le gustaba comer bien y fumar buenos puros. Era gran amigo de sus amigos. Fiel hasta el fin. También un hombre que iba de frente, con la verdad por delante, pero con una gran

humanidad, una atención a los problemas de las personas, incluso de aquellos que casi no conocía.

Desde su fallecimiento algunas algunas universidades latinoamericanas, como la Universidad de Medellín o la Universidad de Jaén están impulsando centros académicos y cátedras en su Memoria. Mientras estuvo vivo no quiso este tipo de homenajes. Sus libros son un referente en teoría del derecho y derecho constitucional y, sobre todo, en derechos humanos. Nosotros, como iusinternacionalistas sentimos que también formamos parte de su legado intelectual y personal, pues no solo le queríamos como amigo sino que aprendimos de sus ideas, de sus enseñanzas y de sus libros. Además también apreciamos el ejemplo y el valor de la amistad pues, como decía Machado, que tanto le gustaba, la monedita que tengas quizás la puedas guardar, la monedita del alma se pierde si no se da.

En esta Universidad Rey Juan Carlos, como hoy en casi ninguna, pocas moneditas quedan, pero podemos al menos dedicar esta cabecera de la Revista electrónica Iberoamericana en su recuerdo. Desde su rector, Pedro González Trevijano, hasta muchos de sus profesores, el respeto, la admiración e incluso el cariño personal que se le tenía era lo más habitual.